

ESPIRITUALIDAD IGNACIANA Y FAMILIA CRISTIANA

Paraguay, "Santos Mártires", Boletín 75, 2012.

Siguiendo con el tema de la Familia y el Matrimonio, queremos hoy fijar nuestra atención en los aportes que la Espiritualidad Ignaciana puede proporcionar a la Familia Cristiana para su crecimiento y maduración. Para ello vamos a tomar Diez características que, según nuestro parecer, presentan lo más específico de la Espiritualidad Ignaciana.

1. Búsqueda apasionada de la voluntad de Dios.

Cuando Ignacio pone, al principio del libro de sus *Ejercicios Espirituales*, lo que podríamos considerar la definición de dichos ejercicios, propone como objetivo "buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de su vida para la salud de su alma", y como medio para prepararse y disponerse a esa tarea "quitar de sí todas las afecciones desordenadas" (EE.1). Es decir, él propone a la persona que quiere ser buen cristiano el ideal de descubrir la voluntad de Dios en su vida; y para ello reconoce la necesidad de ser y actuar con total libertad, sin estar apegado a nada.

Al decir esto supone dos realidades en la gran mayoría de las personas: 1. Comúnmente no se tiene en cuenta qué es lo que Dios quiere y espera de cada uno; 2. No estamos, de ordinario, en actitud de elegir siempre desde una libertad consciente, sino llevados por el gusto, la inclinación natural o la opinión de los otros. Esto, a nivel fáctico y experimental; pero a nivel de catequesis básica y elemental, supone en los cristianos comunes de su época suficiente fe en Dios amor y creador.

Esta búsqueda de la voluntad de Dios le llevó a Ignacio más de 25 años de su vida: desde Loyola hasta Roma, pasando por Manresa, Barcelona, Alcalá de Henares, Salamanca, París, Venecia, Jerusalén, Roma... siempre aprendiendo a saber discernir la voluntad de Dios para sí y para su grupo de compañeros. Así llegó a ser verdadero maestro de discernimiento espiritual, porque lo único que realmente le interesaba era hacer lo que su Dios y Señor quería de él. Su gran capacidad de interiorización y su fe apasionada por Jesucristo fueron los pilares de su discernimiento.

Si trasladamos la experiencia de Ignacio a la realidad de los jóvenes de hoy, a pesar de las grandes diferencias históricas y culturales existentes, creemos que no hay tanta diferencia. En ambos casos, hay un período de juventud centrada en el *vyro reí*, al que sigue la principal diferencia: el acontecimiento que le hizo frenar su vida a Ignacio y ante su curación medio milagrosa, le hizo buscar el rumbo que Dios quería para él. En nuestros jóvenes falta de ordinario el acontecimiento que les haga parar el ritmo de su vida y preguntarse sobre el por qué y el para qué de su vida. A veces, cuando se da ese acontecimiento, falta la persona que sepa y quiera acompañar al joven para que encuentre el verdadero sentido de su vida.

¡Qué triste es constatar la ligereza con la que muchos jóvenes contraen matrimonio civil y aun religioso hoy día! Y por supuesto, sin preguntarse si Dios quiere que se casen o no, ahora o más adelante, con esa u otra persona. Prácticamente, el discernimiento pre-matrimonial no existe entre nosotros. Este sería el primer gran aporte de la espiritualidad ignaciana: la búsqueda de la voluntad de Dios para descubrir su estado de vida.

2. Capacidad para discernir los “signos de Dios”

En la búsqueda que realizó Ignacio se dio cuenta que Dios no se manifiesta, de ordinario a la persona, por medio de un lenguaje hablado, sino a través de signos: éstos pueden ser personas, sucesos, acontecimientos, decisiones de autoridades, etc. de los cuales se vale Dios para hacernos sentir sus deseos. Estos deseos divinos los llama Ignacio “mociones del Espíritu”, que nosotros los percibimos en alguna de las potencias del alma. Este es el punto más importante de la metodología ignaciana: el descubrimiento de la voluntad de Dios no es la consecuencia que una persona podría sacar de un ejercicio mental en base a datos y cálculos de nuestra inteligencia. Esto lo podría hacer un sociólogo, un empresario o un político... y no sería discernimiento propiamente dicho.

Discernir, en lenguaje ignaciano, es saber interpretar la voluntad de Dios; es decir, saber descubrir los “signos de Dios” en los hechos y dichos de nuestra vida. Para Ignacio, y para el cristiano ignaciano, las cosas no suceden así no más, sino que el Señor de la historia las dirige con una intención para el bien de sus creaturas a las que tanto ama. El cristiano que aprendió a discernir sabe descubrir, de ordinario y con relativa facilidad, la intencionalidad de la “divina providencia”.

Algunas personas creen que el discernimiento es una tarea muy difícil y que sólo algunos iniciados son capaces de realizarlo. No es cuestión de fácil o difícil. Supone y exige una actitud habitual, una postura ante Dios y ante nosotros mismos, que califica el tipo de oración que hemos aprendido de jóvenes y practicamos toda la vida. La persona que se pregunta cada mañana: ¿qué quieres y esperas de mí, Señor?, fácilmente, ante alguna pequeña decisión, durante el día, le vendrá a la mente otra pregunta semejante a: ¿Vos señor, qué harías en mi lugar? Y según el tema, si atañe al grupo familiar, lo plantearía al grupo de semejante manera. Advertamos que no todas las pequeñas decisiones se debe o conviene discernir; pero esas preguntas que hemos propuesto u otras parecidas, si no son propiamente discernimiento, por lo menos alimentan en la persona y en el grupo familiar una actitud favorable al discernimiento.

En el curso de la vida familiar se da toda clase de decisiones: algunas muy importantes, como el lugar y el modo de la vivienda en la que sueñan los novios y los recién casados; la profesión que ya elegimos o que pensamos elegir o que siempre quisimos y las circunstancias de la vida no nos permitieron alcanzar; la cantidad de

hijos que quisiéramos traer al mundo y el tipo de educación que queremos para ellos; la relación que quisiéramos tener con nuestros parientes políticos, etc. etc. Otras decisiones de menor importancia pertenecen al día a día, pero quisiéramos que, si no las tomamos todas de común acuerdo, por lo menos que no se mantengan en secreto para el cónyuge.

Conocemos algunos hogares donde se practica algún tipo de verdadero discernimiento; pero debemos reconocer que son pocos. Lo que más abunda – y son pocas también- son las familias que dialogan periódicamente sobre la marcha del grupo (padres e hijos) y practican la corrección fraterna. Podría ser un paso para llegar algún día a sentirse sensibilizados para discernir, por ejemplo, la carrera o el noviazgo de los hijos.

3. El “magis” (el más o lo mejor)

En la literatura ignaciana nos encontramos con frecuencia con expresiones que revelan la actitud de un hombre enamorado del Señor y que, por lo tanto, no se contenta con hacer *lo bueno*, sino que pretende hacer siempre *lo mejor*. Y así se lo recomienda a los demás a quienes les desea que crezcan y maduren como seguidores de JESÙS. Para Ignacio no caben las medianías o las medias tintas –cosa tan común hoy día en los que vivimos en el posmodernismo- incluso en los ambientes eclesiales. No se trata de intereses egoístas o mundanos, como es interpretado a veces hoy día Ignacio y su Compañía; en concreto, el slogan de “Ad maiorem Dei Gloriam” (A la mayor gloria de Dios), sino de algo que pertenece a la psicología personal de Ignacio y que sólo se entiende correctamente en términos de amor y de enamoramiento. San Pablo habla así también en alguna de sus cartas.

Hoy día parecería que ese ideal ya no corre, pues el mundo de hoy ha desplazado a Dios de los intereses y los proyectos de los hombres. Sin embargo, es cuestión de saber encontrarle la vuelta y promover los valores del Reino a los que son sensibles muchos ciudadanos de hoy y por los que JESÙS luchó y murió. Ejemplos: la dignidad de la mujer, el respeto y valoración de los niños, la cercanía y promoción de los pobres y marginados, la primacía de la persona y del amor, y otros muchos.

El problema de hoy, sobre todo en los países de antigua Cristiandad, no es tanto Dios ni Jesucristo, sino la Iglesia y sus representantes. Es notable el éxito editorial de libros y películas sobre JESÙS, en los últimos años, y por otra parte, las campañas de desprestigio contra la Iglesia y su jerarquía. En las nuevas generaciones se encuentran personas abiertas y deseosas de un mundo mejor: acontecimientos como “Los años mundiales de la juventud” y los “Encuentros mundiales de la Familia” -invenciones pastorales de Juan Pablo II- y otros han logrado la adhesión multitudinaria de jóvenes de diversas partes del mundo.

4. Cristocentrismo

De Ignacio se dijo que era un hombre “loco por Cristo”. Lo atestiguan muchos documentos y recuerdos que tenemos de él; sobre todo, el libro de los *Ejercicios Espirituales* que se centran en la figura del Cristo histórico y nos llevan de la mano y paso a paso, del Cristo redentor y puesto en cruz (EE 53) hasta el Cristo glorioso (EE 312). La petición que propone Ignacio para la oración del ejercitante durante la 2ª. Etapa es: “*Conocimiento interno (= experiencia) del Señor que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga*” (EE 104). Ojalá que este deseo expresado en forma de petición al Señor, fuera el anhelo de muchos padres y madres para sí y para sus hijos: que su fe se vaya configurando en base a una profunda experiencia con Jesús, el Hijo de Dios encarnado.

En el curso de ese itinerario en el seguimiento de Cristo, nos lleva Ignacio a proponer su gran ideal de “*por imitar y parecer más actualmente a Cristo nuestro Señor, quiero y elijo pobreza con Cristo pobre más que riquezas, oprobios con Cristo lleno de ellos más que honores, y deseo de ser estimado por vano y loco por Cristo que primero fue tenido por tal, más que por sabio ni prudente en este mundo*” (EE 167).

Se ha dicho con justa razón que en este párrafo se contiene la máxima expresión del enamorado de Cristo, que porque se siente identificado con El (y no por otras justas razones), prefiere ser pobre y humillado, y le pide al Señor “*que le quiera elegir para esa mayor y mejor humildad*” (EE 168). ¡Qué raras y desubicadas han de parecer esas expresiones ignacianas a los hombres y mujeres que siguen la corriente del mundo actual, tan egoísta y consumista! Y ¿cómo les caerán a los oídos de los miembros de la mayoría de las familias que conocemos y tratamos hoy día, por buenas y cumplidoras que sean?

Desde luego, hemos de darnos cuenta que esto marca la cumbre de un largo proceso de fidelidad al que no todos los cristianos están llamados a llegar; pero que propone un grado máximo de vida auténticamente cristocéntrica, muy lejos del ideal corriente y barato que proponen hoy día la mayoría de los agentes de pastoral.

El Cristocentrismo no quiere decir que se excluye la relación con las otras dos personas de la Trinidad y con las otras dos personas de la Sda. Familia. Ni mucho menos; pero cada una en su lugar y atribuyéndole el papel que le corresponde. De hecho no excluimos a nadie, sino que tratamos de dar a cada uno el lugar que Dios le atribuye. En particular le damos a María el lugar y el papel que le cupo en la vida de Jesús: nunca trató de opacar la figura de Jesús; al contrario, fue grande porque hizo siempre la voluntad del Padre-Dios (Ver, p.e. Lucas 8, 19-21), y asumió el rol de medianera e intercesora ante su Hijo, como en las bodas de Caná. Para Ignacio esta fue la norma de su espiritualidad, como aparece, sobre todo, en los *Ejercicios*, al proponer la metodología del triple Coloquio: primero, a María, después a Jesús, y por último, al Padre (EE 63, 147, 168).

5. Disponibilidad interior y exterior

Esta palabra, frecuente en la literatura ignaciana, es preferible por diversas razones, a la de *obediencia*, también típica en la espiritualidad ignaciana. ¿Por qué la consideramos mejor? No sólo por la connotación negativa que tiene la *obediencia* para el hombre de hoy (prácticamente entendida como servilismo), sino porque sugiere por sí sola lo bueno que tiene la actitud del obediente: lo valioso del verdadero obediente es que es disponible, fundamentalmente ante Dios y, de hecho, ante las mediaciones humanas de las que se vale Dios. En la famosa carta de Ignacio a los jesuitas de Portugal sobre la Obediencia, sus ideas principales y los argumentos que usa están en consonancia con lo mejor que se puede expresar sobre la Disponibilidad.

El cristiano consciente de su identidad y misión fomenta una disponibilidad interior ante el ideal de colaborar con el Señor en la construcción del Reino; y esa disponibilidad la expresa exteriormente en la prontitud con la que realiza las acciones a las que le induce el mismo Señor. Ya hemos aludido anteriormente a la importancia de la libertad en la búsqueda de la voluntad de Dios. La falta de libertad produce falta de disponibilidad, tanto interna como externa. La persona ignaciana que carece de disponibilidad hace de ordinario “lo que le da la gana”, con lo cual manifiesta que no discierne y, por lo tanto, carece de lo más típico de la espiritualidad ignaciana.

En este punto se manifiesta claramente si una persona o una familia ha bebido o no de la fuente ignaciana de la Gracia. En un mundo en que se entiende la libertad como la disposición para hacer cada uno lo que quiere, sin interferencia de nadie, entender que la verdadera libertad consiste en ajustar nuestra voluntad a la verdad (que es Dios), supone y exige un largo proceso formativo para liberarnos de las esclavitudes a las que nos somete la sociedad envolvente. Y esto debe ser una parte muy importante de la tarea formativa de las familias.

6. Simpatía y sintonía con todo lo humano

Un aspecto típico y muy propio de la pedagogía ignaciana es el aprecio por todo lo que dignifica y humaniza a las personas; y por otra parte, el rechazo de todo lo que deshumaniza. En la espiritualidad ignaciana no se encuentran prohibiciones o tabúes que limitan a priori ciertos usos de cosas que, en sí, no son malas. Lo único prohibido es el pecado y lo que me induce al pecado. Pero teniendo en cuenta lo que dice Jesús en el Evangelio de Mateo (15, 10-20), el pecado es lo que sale sucio del corazón del hombre; no el cumplir o no cumplir con una ley o norma. El criterio ignaciano para el uso de las cosas es “tanto-cuanto” esas cosas me ayudan o me estorban para conseguir el fin para el que hemos sido creados: es decir, para amar a Dios y a nuestro prójimo (Mc. 12, 28-31), y por ahí llegar a la verdadera felicidad. Jesús declaró que no

vino a suprimir la ley, sino a llevarla a su plenitud; y la plenitud de la ley es el amor (Mateo 5, 17-20).

Lo que podríamos llamar la “Moral Ignaciana” la encontramos en la 1ª. Semana de los Ejercicios dedicada toda ella a meditar sobre el pecado y sus consecuencias. La nota dominante de esa semana es la misericordia del Señor para con el pecador, y el pecado es, ante todo, la ofensa a ese Dios misericordioso. Es notable que, a pesar de ser una Moral que refleja la Teología del siglo XVI, no hay que hacer grandes esfuerzos para adaptarla al siglo XXI. Un punto importante de la “nueva teología moral”, que se encuentra sólo implícito en el texto ignaciano, pero que hoy tiene mucha importancia, es el “pecado social”.

7. “En todo amar y servir”

Esta frase, sacada del último ejercicio “Contemplación para alcanzar amor” la podemos considerar resumen de los Ejercicios y propuesta para vivir, a partir de los mismos, la espiritualidad ignaciana. Lo que predomina, por lo tanto, en la persona que cultiva esta espiritualidad, es el amor, y el amor entendido como servicio al prójimo, porque, como aclara al principio de esa contemplación, “El amor se debe poner más en obras que en palabras” (EE. 230), y como el mismo Jesús lo enseñó de palabra y con su vida. Ese ideal se ha expresado, refiriéndolo a la persona misma de Ignacio, como “contemplativo en la acción”.

Con ese slogan se pretende superar la dicotomía entre contemplación y acción, propia de otras espiritualidades anteriores: es decir, vida activa, por un lado, y vida de oración o contemplación, por otro; o como propuso Santo Domingo, “contemplar y dar a otros lo contemplado”. El planteamiento ignaciano es *oración en la acción*: esto es posible tanto en la pureza de intención de dicha acción, como en el modo de accionar y en las consecuencias (personales y ajenas) de lo realizado. Cuando a lo largo de todo el proceso aparece Dios, es señal clara de que es El quien inspira y dirige esa acción y, que por lo tanto, la persona contempló al Dios-Amor en esa acción (EE. 333).

Es lógico pensar que esa disposición de la persona no se improvisa, sino que es resultado de una vida orientada a la búsqueda y cumplimiento de la voluntad de Dios; con lo cual se ve la conexión que existe entre la contemplación en la acción (numeral 7) y lo dicho en los numerales 1 y 2.

En particular, creemos que la/s persona/s que habitualmente buscan y quieren hacer lo que Dios quiere y, por lo tanto, disciernen en familia, son de alguna manera “contemplativos en la acción”, y con el tiempo, si son perseverantes en esa actitud irán logrando un nivel de vida cristiana que “llamará la atención de su gente”, y eso es evangelizar, tarea propia de todo buen cristiano, según el pensamiento de Pablo VI en la *Evangelii nuntiandi*, 23.

8. Amor y lealtad a la Iglesia real

Las últimas Reglas que pone Ignacio en su libro son “Para el sentido verdadero que debemos tener en la Iglesia militante se observen las siguientes” y pone 18 Reglas (EE. 352), que se suelen llamar Reglas para sentir con la Iglesia. Algunas de estas Reglas tienen varios criterios, que siguen siendo válidos hoy día; pero la mayoría de ellas, las que podríamos agrupar en: Liturgia y Religiosidad Popular, más en: Anuncio de la Palabra, son expresión de una problemática que corresponde a la época de la Reforma. Modernamente se pidió al P. General de los Jesuitas que nombrara una comisión de expertos para que trabajasen en una acomodación de dicho documento ignaciano a la situación actual. Dicha Comisión se reunió y al poco tiempo diagnosticó inútil su trabajo, pues los “casos” que hoy día sustituyesen a los del tiempo de Ignacio se tendrían que estar cambiando con demasiada frecuencia, dada la rapidez de la evolución del mundo de hoy.

Quedó a la discreción de los jesuitas que nos dedicamos a dar Ejercicios intentar algo que pudiera durar bastante tiempo. He aquí mi propuesta:

Decálogo para sentir y vivir con la Iglesia en tiempos de crisis

1. *Principio fundamental eclesiológico*: “Cristo y la Iglesia son inseparables”. El Cristo encarnado y triunfante se perpetúa en una Iglesia que es humana y divina, y por lo tanto, santa y pecadora. Así pues, no escandalizarse nunca de lo humano y pecado de la Iglesia.
2. Buscar siempre lo que une y no lo que separa; teniendo en cuenta que la unidad de la Iglesia se realiza en la diversidad de carismas y ministerios
3. Estar siempre predispuesto a aceptar y apoyar lo que dice el Magisterio de la Iglesia, y no a rebatirlo ni a cuestionarlo. Así mismo, hacer propias las opciones pastorales de nuestras iglesias locales.
4. Compaginar el valor teológico de la Liturgia de ser “fuente y cumbre de la vida de la Iglesia” con el relativo valor pastoral de la Religiosidad Popular.
5. Valorar la vida y la pertenencia a la Iglesia como vocación; así mismo toda clase de vocaciones específicas, y en particular, la que cada uno reconoce haber recibido de Dios.
6. No condenar nunca a nadie ni a nada que la Iglesia no condena; y si conviene criticar, hacerlo desde la caridad y con actitud positiva.
7. No dar fácil crédito a lo que dice la gente en materia de Iglesia, sino saber discernir la validez de lo que se dice, siguiendo el consejo de San Pablo: “probar todo lo bueno y quedarse con lo mejor”.
8. No hacer interpretaciones unilaterales de los puntos doctrinales más difíciles, ni caer en controversias acerca de los deberes sociales claramente definidos por nuestros pastores.

9. Cultivar nuestra fe con la Sda. Escritura, las enseñanzas del Magisterio y obras de doctrina sólida; pero orar mucho a fin de que nuestra fe esté centrada en el amor a la persona de Jesús.
10. *Principio operativo básico*: amar siempre, amar mucho y amar a todos, teniendo en cuenta que “el amor se debe poner más en obras que en palabras”.

Creemos que este Decálogo puede ser muy útil para que nuestras familias orienten y fomenten su amor y lealtad a su Iglesia real, es decir la que les toca vivir, no la que se imaginan o en la que quizás les gustaría vivir.

9. Armonizar el servicio de la fe y la promoción de la justicia

Al principio de la Bula Fundacional de la Compañía de Jesús (año 1550) se establece que el objetivo o finalidad de dicha fundación es “emplearse en la defensa y propagación de la fe y el provecho de las almas en la vida y doctrina cristiana”. Cuatro siglos más tarde (1975), la Congregación General 32 llegó a la conclusión de que *“la Evangelización es proclamación de la fe, en el amor de los hombres: no puede realizarse verdaderamente sin promoción de la justicia”*(Gal. 5,6; Efes. 4,15). A partir de esa fecha se ha ido perfilando esta nueva manera de entender y vivir nuestro carisma fundacional; de manera que hoy día el binomio fe-justicia constituye un elemento esencial de la espiritualidad ignaciana.

Toda persona, grupo o familia que vive hoy día de esta espiritualidad sabe y es consciente de que “la promoción de la justicia es parte integrante de la evangelización”. Al mismo tiempo, sabe que esta doctrina está promovida por el Magisterio de la Iglesia a partir del pontificado de Pablo VI, pero muchos tenemos experiencia de que ha habido y todavía hay cristianos que se resisten a aceptar esta verdad. De modo que, en la práctica, se ha convertido en la piedra de toque del apóstol moderno, y es motivo de sufrimientos y persecución para los que lo viven conscientemente.

10. Cultivar virtudes y devociones sólidas

Esta nota puede considerarse una conclusión práctica de muchos puntos anteriores. No hay por qué repetir cosas ya dichas; o poner ejemplos que podrían molestar a algunos cristianos. Sin embargo, parece evidente que todo cristiano ignaciano está orientado, o debe estarlo, por *lo esencial del Evangelio* y “no perderse en cositas que, aunque buenas, parecen intrascendentes, o son meras repeticiones de lo dicho por Jesús”.